

Chulos Chunchules Chilenos

Piero Montebruno

Fotografía: Paz Errázuriz

Curatoría: Carol Illanes

D21

PROYECTOS DE ARTE

Chulos chunchules chilenos:

La emasculación de Piero Montebruno,
fotografía de Paz Errázuriz

Piero invitó a Paz a ser único testigo del acto iniciático. Prepararon juntos el quirófano donde se despediría de todo lo que quedaba de hombre en él. Su madre, ciertamente, debía ser quien ejecutase el procedimiento: enajenarse mediante el ritual de su emasculación. Eso fue hace 15 años.

Todo ritual es una suspensión soberana de cuerpos enajenados y aturcidos. Todo ritual ocurre en otro tiempo, aquí es el tiempo de la fotografía. *El grito es la oreja*, escribe Montebruno: *la fotografía es una donación de órgano. Un trasplante de piel. Un injerto que reproduce la realidad, esto es que la produce de nuevo, partenogénicamente. Algo que es a la vez un original y una copia. O sea, un hijo.*

Era una costumbre victoriana el que para capturar el retrato de un infante, dada la probabilidad de que sus movimientos comprometeran el tiempo de exposición necesario, su madre apareciera escon-





dida sujetándolo. De ahí que encontremos en algunas fotografías, detrás o junto al niño, mujeres cubiertas enteras con telas, brocados o alfombras, dando el aspecto de fantasmas; al confundirlas con la decoración el niño no perdía protagonismo en la imagen. Pero se cree que las “madres ocultas” (*Hidden Mothers*) también buscaban diferenciar el retrato de uno post mortem, habitual en la época dada la alta mortalidad infantil. Mostrar que se trataba de un niño vivo.

Una cita indirecta es este hijo medio muerto y medio vivo, protagonista. Una madre fantasma, invisible y a la vez doblemente visible. Como decía *Chulos chunchules chilenos* es un ritual en la fotografía, el rito está contenido en ella. Con esa recurrente conspiración hacia sí mismo con la que Montebruno imprime en el lenguaje las marcas de la ansiedad, buscó a través del acto fotográfico una salida a sus pulsiones intrapersonales.

Hoy sabemos que la ficción estuvo presente desde los principios de la fotografía. Entre ellas muchas prácticas escenográficas ampliaron considerablemente su abanico más allá del difundido pictoralismo del XIX. En el caso del retrato, la ficción estaba a la orden de exaltar la individualidad del retratado, hacerlo “realmente” presente. Una estrecha relación con el teatro se ejercía ahí, atmósferas propiamente escénicas en iluminaciones, disfraces y accesorios. Naturalmente, no se buscaba solo el crear determinado efecto en la administración de esos elementos, sino “hacerse aparecer” a sí mismo en dicha trans-

formación: la fotografía era allí el registro también de una necesidad de autoafirmación.

En *Ch ch ch* Montebruno halla un lugar para echar a andar algunas imágenes que ha descrito en sus poemas. Entre ellas prima la languidez de los cuerpos como marionetas pero, sobre todo, la esterilidad como muerte. En la obsesión de Montebruno con la muerte la agonía del cuerpo es gozada, encamina a un limbo prohibido a los vivos. Y todo pasa por la carne. *Justo cuando terminaba la carnicería real empezaba la metáfora, empezaba la poesía*, comienza el cuento. Solo descarnándose encara el poeta su verdadera obsesión, la de sí en la poesía. Es un ritual de reconciliación, los testículos, “simiente muerta”, el tropo de su suicidio. Este es el motivo de este autorretrato (“Yo soy mi propia obra. Yo soy mi poema”, aparece en uno de sus escritos).

Seducida por ver esto, Paz Errázuriz se atrevió a estrechar su relación con la literatura, no tanto en permitirse “colaborar” con un escritor otra vez, sino de dar a su obra un giro más permisivo hacia la ficción. Piero Montebruno escritor, Montebruno cuerpo, es ente e identidad del terreno prohibido de Errázuriz, la ventana hacia donde nunca antes la vimos arrojar. El reconocimiento de lo más temible de la poesía en la fotografía o, lo que es acá equivalente, Montebruno muriendo repetidamente gracias al ojo de Errázuriz, muriendo y “apareciendo realmente”, en su transformación. Para ella, no sería





sino una experimentación de los límites de esa empatía dolorosa que siempre vimos impregnada en sus fotografías. La emergencia de un terreno que va enajenando lo que queda de vivo en los cuerpos. Suficiente motivación para perderse en el mundo del teatro y la novela siniestra. Este giro, que nunca vimos permitido como aquí, me gusta fantasear se mantuvo quizás solo escondido.

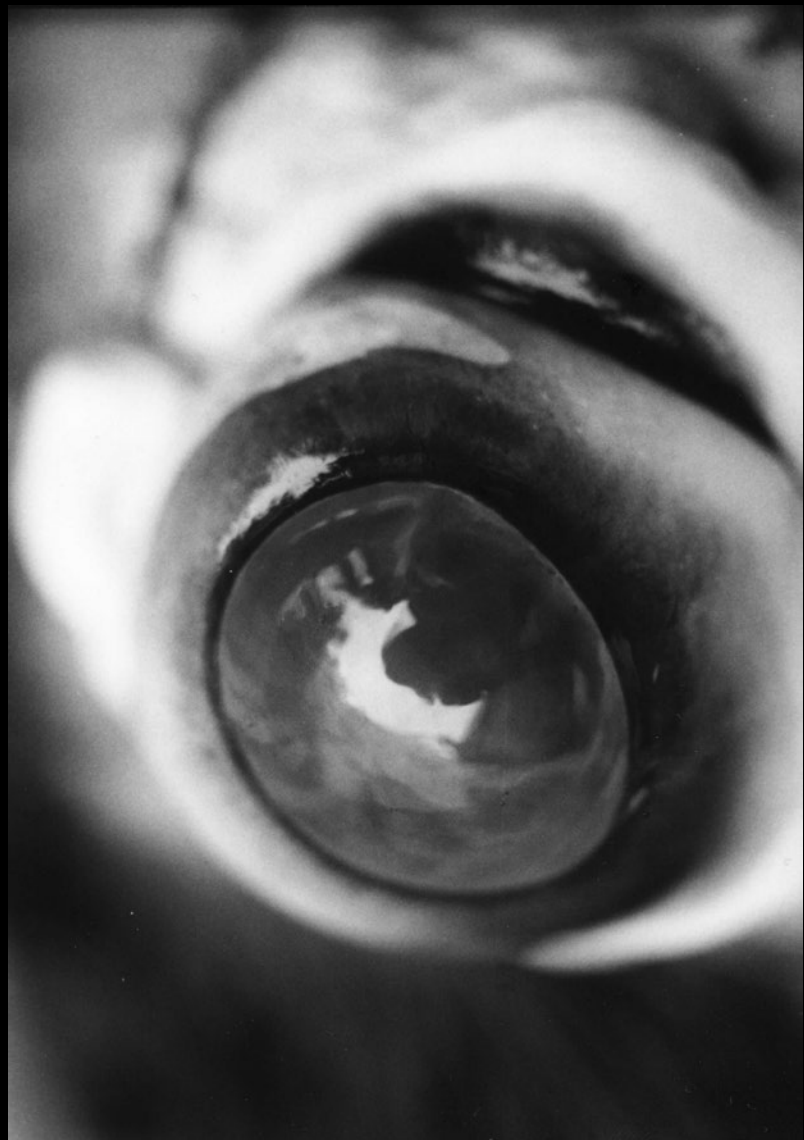
Estos archivos son también registro, entonces, de un encuentro, en el sentido más estricto del término. Como tal el intercambio es intraducible, pero algo guardan las fotografías. Dos sujetos productores de imágenes aparentemente tan distintas se espejean y reconocen.

Las ilustraciones presentes aquí junto con anotaciones y dibujos nos ayudan a orientarnos en el proceso de esta iniciación que involucró a muchos cómplices. Entre estos materiales se destaca la *Catóptrica*, objeto confeccionado por Montebruno y que hoy manipulable contiene el texto que fue la pieza final de este encuentro.

Todos los años que permanecieron guardados estos archivos solo han encarecido la naturaleza extratemporal de este “arte de carnicería”.

Carol Illanes
Julio, 2018



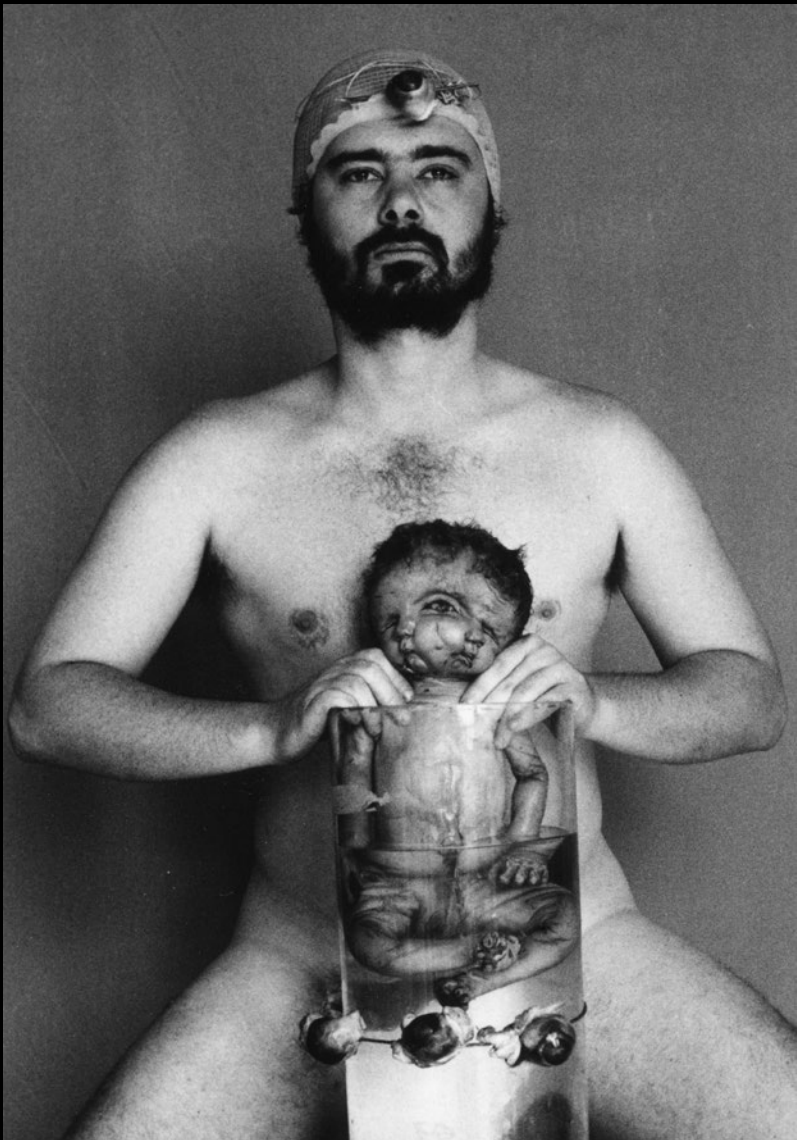














D21 Proyectos de Arte

Nueva de Lyon 19, departamento 21,
Providencia, Santiago de Chile
56-2 23356301 / info@d21.cl
www.d21.cl

Director D21 Proyectos de Arte
Pedro Montes

Directora Galería D21
Claudia Hidalgo

Diseño y Publicaciones
María Fernanda Pizarro

Difusión y Proyectos
Catherina Campillay
Alejandro de la Fuente

CHULOS CHUNCHULES CHILENOS

Piero Montebruno

Fotografía: Paz Errázuriz

Curatoría: Carol Illanes

30.08.2018 / 04.10.2018



CAT. #58